

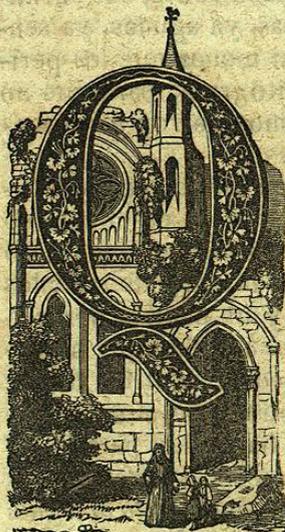
H. Terziario lito.

Lito de M. Murquin y C.

EL CÓMICO DE LA LEGUA.



EL CÓMICO DE LA LEGUA.



UE Dios me tenga de su mano, señor litógrafo, al escribir el presente artículo! ¿Por ventura ha pensado vd. bien lo que exige de mí? ¿Acaso ha previsto lo que pueda sucederme por andarle sacando al prójimo sus trapillos al sol? ¡Cáscaras! Y luego vea vd. de qué prójimo se trata ahora! del *Cómico* nada menos; de ese personaje que puede muy bien vengarse al día siguiente, buscando con los ojos la luneta del articulista, cada vez que contenga el papel del actor un insulto, un sarcasmo, una alusion cualquiera. ¡Por mi vida que eso seria lo suficiente para pegarme diez tabardillos en una noche! Verdad es que aquí solo se trata del *Cómico de la legua*, con quien no tendré que encontrarme muy pronto, supuesto que soy el antípoda del Judío Errante, porque no gusto de viajar; esto me tranquiliza. Si

tengo que temer algún mal es un mal remoto, y no vale la pena de afligirse desde ahora para cuando llegue; pero en cambio me abrumba la magnitud de la obra que voy á echarme á cuestras. Dar un *fac-simile* del cómico de la legua presenta mas dificultad que averiguar los años de una matrona, que se ha plantado en treinta, ó dar el alta y baja de los amantes de una coqueta; y yo le juro á vd. señor litógrafo, que á no ser por la condenada estampa que vd. ha pintado ya, desde luego emprenderia con mas gusto el disputar con un tonto, el leer diez tomos de malos versos, tomar arsénico, casarme en fin, que es cuanto decirse puede, y no escribir el artículo para esa estampa que me ha estampado vd. en el alma! Si mañana ó pasado algún cristiano *representador* me toma entre ojos y quiere representar conmigo una *tragedia*, entonces canto la palinodia; le presento á vd. en escena, y allá se las avenga con los que ahora quiere vd. enemistarme. Entre tanto atiende vd., pues ya echo pito, y levantó la cortina sin mas preámbulos.

Scarron dijo que *los cómicos son los pericos de los poetas*. Ignoro si Scarron aplicó su dicho á los cómicos de la legua; pero si tal fué su intento declaro desde luego que el buen chico supo muy bien lo que se dijo. Porque sépase vd. señor mio (si acaso no lo sabe ya,) que los cómicos tienen su vocabulario escogido y rimbombante; sus términos favoritos y campanudos; sus frases ya saladas, ya agudas, ya sentenciosas; pero todo sabido de memoria, ni mas ni menos que los pericos. Esta advertencia se la hago á vd. señor litógrafo, para que no estrañe en ciertas ocasiones el lenguaje del prójimo que voy á presentarle, mediante Dios y su santa ayuda.

Ha de saber vd. que el *Cómico* es un personaje salido regularmente de la clase media. Desde los primeros pasos que da en el camino de la gloria, y cuyo camino comienza en alguna pastorela, coloquio ó comedia casera, se nota en el nuevo hijo de Talía la falta de modales delicados, su ningun conocimiento en el idioma, y un prurito por gritar su papel mas bien como quien pregona *cabezas de horno* que no como quien representa. El novicio siente un deseo irresistible de ser cómico; la gloria lo llama con ambas manos, mostrándole puñados de laureles; el destino lo arrastra á las tablas; en fin, ha nacido para el arte. Así es que el dia menos pensado se encuentra con el *autor* de una compañía ambulante, el cual le propone *correr con buen éxito la legua*, supuesto que cuenta con una primera dama que antes fué costurera, un galan que acepillaba tablas, un famoso *barba* que debe hacerlo muy bien por haber sido en otros tiempos aprendiz de barbero, y un apuntador que antes de ser artista fué sacristan, y ejerció la lectura de *corrido* leyendo amonestaciones en la parroquia de su pueblo. Con semejantes *plazas* y un primer galan, que probablemente lo será nuestro principiante, el director va á tener, no una *pipirijaina*, sino un cuadro dramático de primer orden. Media hora despues el director

en el cuarto de la posada presenta á su nuevo compañero la escritura que debe firmar, y cuyo documento haria honor al evangelista mas avisado. El primer galan deletrea sus artículos, que le parecen excelentes; se contrata como *primera plaza*; y firma lleno de alborozo al pié de la escritura:—*Telonio Candilejas*.

Dos dias despues nuestro galan hace su pequeña maleta para el camino: esta se compone del *caudal* de papeles que ha representado ya; de tres ó cuatro comedias, entre las cuales va la que ha de dar en su beneficio; de un par de chinelas de tafete colorado; un par de medias; un papel con albayalde; otro con bermellon; un pedazo de paño para aplicarse el colorete; y por último, un corcho de botella para pintarse arrugas, patillas y bigotes. ¡Ah! se nos olvidaba el espejo de á real y medio, y una bolsita con hilo, agujas, botones y alfileres.

Al dia siguiente la compañía está ya en camino para el pueblo dichoso que va á atrapar aquella falange de notabilidades. En ella se mira á D. Telonio, risueño, alegre, decididor; lleno de esperanzas para el porvenir, y de ilusiones que pronto se verán realizadas. Poco importa que ahora vaya montado en un caballo ético, en un pacífico asno, ó en un carreton, cuyo movimiento puede desencuadernar al futuro Talma. Tampoco le dá cuidado el no llegar á la posada, ni tener que pedir albergue y cena á indios miserables que habitan en sus *jacales*, ni mucho menos le importa un pito que ambas cosas le sean negadas á él y á sus compañeros, so pretexto de que los *maromeros* y *comediantes* (títulos que oye de los indios) jamás pagan lo que comen, ni lo que beben, ni mucho menos el albergue que se les dá bajo un mal techo de palma, *zacate* ó *romerillo*. Nada de eso, repetimos, aflige al hijo de Talía y de Melpómene, porque muy pronto se verá sentado sobre un trono, circuido de favoritos, cortesanos, guardias y ministriles; y lo que es mas, aplaudido y festejado por un público, justo admirador del talento del primer *papel* de la compañía.

Dicho y hecho: las ilusiones de D. Telonio se realizan pocos dias despues, si no en el todo al menos en la parte *farsante*. Ya se halla en el pueblo donde va á conquistar los primeros laureles: la licencia se ha pedido á la autoridad; el teatro, si no lo habia, se ha improvisado; el estupendo retrato de D. Telonio se ha visto en el cartel colocado en la plaza desde las siete de la mañana, y el original salió en el *convite* á las doce del dia; por último, el tambor por las calles, y la música de viento colocada en la puerta del teatro anuncian de acuerdo que ya es hora de ver la comedia que en aquella noche ha de representarse, y que no es otra que el drama intitulado: "*Los Amantes de Teruel*."

Concha Bambalina, chica de 20 años, prometida esposa del actor que por estar aquella noche de *balcon* sirve de segundo apunte, es la primera dama, y por consiguiente, la que va á desempeñar el papel de

Isabel. Nuestro hombre representa á *Marsilla*, y está contento y satisfecho, no ya por verse encasquillado en una soberbia armadura de hoja de lata, sino porque va á entablar sus diálogos amorosos con la heroína del drama. El galán en todo ve que aquello es una comedia, una farsa, menos en lo de los amores con Isabel, los cuales quiere convertir en positivos. La chica, que nunca podrá decir de corazón aquel verso de su papel:

Ay infeliz de la que nace hermosa! . . .

ha cautivado, sin embargo á D. Telonio, y según sospechas parece que la niña se ha dejado cautivar también por el amartelado *Diego Marsilla*. El segundo apunte ha entrado en alarma: cada piropo que los amantes se dicen en la escena, es una flecha que traspasa el corazón del pobre hombre. Contempla á la hija de *Segura* más bella que nunca con su vestido anacrónico; pero fantástico y lleno de oropeles. Mira también con envidia la sonora y brillante armadura de *Marsilla*; el color exagerado de sus cachetes, dignos émulos de un par de frescos gitomates, y sobre todo, ve y ambiciona aquel par de bigotes negros pintados con *tule* ó corcho quemado, y que según las curvas tan pronunciadas que describen más que bigotes parecen un par de magníficas *etcéteras*. Todo esto enciende más los celos del segundo apunte; y por ver los vestidos anacrónicos y las caras pintadas con albayalde y bermellón, se olvida de dar el verso al actor saliente, y el conchita desde la concha bufaba de rabia al ver que la comedia está en peligro de rodar. El director hace á D. *Rodrigo de Azagra*, y no puede remediar aquellos descuidos que van sin duda á hechar por tierra su magnífico cuadro de compañía.

Diego Marsilla acaba de representar ante el público una escena demasiado viva con Isabel; pero es tal su entusiasmo, tiene tanto fuego, y se ha posesionado tanto, que aun entre bastidores sigue persiguiendo á la infiel hija de *Segura*; y cuchichea con ella á pesar de la tos significativa que le acomete al segundo apunte, para avisarle á su prometida que es hombre capaz de cuidar de *dos comedias* á la vez.

Ahora bien: cualquiera que conozca el fin funesto que tuvieron los *Amantes de Teruel*, sabrá que á Isabel y á *Marsilla* les costó la vida la falta de un malhadado beso y de un abrazo. ¡Mire vd. si valdrá la pena macharse al otro mundo por semejante fruslería! Conchita, la representante de Isabel, que ha visto en el ensayo de la comedia que se puede matar á un hombre con solo negarle tan poca cosa, y decirle un *te aborrezco*, se horripila á la sola idea de pasar por asesino. *Diego* por su parte emplea todos los esfuerzos de un hombre que trata de salvar la vida. Los dos amantes por un sentimiento uniforme, maldita la gana que tienen de morir, y de que algun dramaturgo presente en esce-

na sus trágicos vaivenes; y desde luego conocen que es mejor ser personaje representante que no representado. Por todas estas razones la juiciosa pareja desaparece detrás de un bastidor; pero aquí de Dios que el segundo apunte corre hácia ella exclamando al mismo tiempo precipitadamente:

—Pronto. . . ! Isabel y *Marsilla*, prevenidos por la derecha. . . . !
Vamos, Conchita.

—Espere vd. un poco. El maldito vestido se me ha enganchado.

—Hum! malditos enganches. . . !

—Vamos, ya estoy aquí. A ver qué salgo diciendo?

—El señor sale primero, dice el apunte señalando á *Marsilla*: luego vd.

—Pues á mí se me ha olvidado el verso. Déjeme vd. ver.

Conchita acerca el rostro á la comedia para ver su salida. La vela que tiene el apunte ilumina las facciones de la dama; pero al mismo tiempo el desgraciado segundo apunte retrocede estupefacto, prorumpiendo en una imprecación. No puede dar crédito á sus ojos; y sin embargo; allí, allí está una prueba, un testigo, una denuncia, unos. . . unos bigotazos negros estampados en el labio superior de Conchita! El celoso dirige la vista á la cara de D. Telonio, y ve colérico que los bigotes de Isabel son una copia de los mostachos retorcidos de *Marsilla*. . . !

—Maldición! esclama el apunte.

—¡Maldición. . . ! repite D. Telonio lanzándose á la escena, creyendo que se le ha dado el primer verso.

—Fuera! fuera! dice el apuntador desde la concha. ¿Adónde va vd? El galán comienza á aturdirse y repite cuanto oye que sale de la boca del consueta.

—Eh! vamos: no son versos de vd. . . . ¡Demonio de hombre! ¿quiere vd. callarse? Isabel es la que sale. . . . ¡Pronto! salga Isabel. . . !

El desgraciado galán suda, vacila, titubea; gira fijo en un punto, volviendo los espantados ojos á todas partes, hasta que por fin, ve entre bastidores una mano que lo llama, y entonces sigue aquel faro para llegar á puerto seguro, á tiempo que Isabel, un tanto sonrosada, se lanza á la borrascosa escena, contemplando en el blanco pañuelo la tercera edición del infernal bigote. Desde aquel momento la comedia comenzó á rodar, y no hay poder suficiente que la detenga antes de llegar al abismo á donde al fin viene á estrellarse, y donde también se estrellan las ilusiones, gloria y esperanzas del empresario, y sobre todo las del malaventurado D. Telonio, á quien vamos á seguir fuera ya de la escena.

El segundo acto del pequeño drama del drama que acabamos de relatar, se representa al día siguiente en el juzgado. Los personajes

son los mismos y el respectivo alcalde. El segundo apunte abre la escena:

—La señora es mi prometida; pero el señor atenta contra mi felicidad. Sí: es un seductor! un infame! Pido por tanto, que se le aplique el *condigno castigo*, y que se le obligue á abandonar la compañía.

—Atroz calumnia! esclama el galan. El señor miente.

¡Jamás mi corazón se ha abierto al crimen!

—Oh! qué audacia!

*Yo detesto, señor, la vil mentira,
Y nunca albergue la dará mi pecho;*

pero repito y sostengo que existe un hombre que ha tenido la avilantez de estampar dos bigotes en el rostro virginal de aquella niña!

—Veamos; qué responde vd. á ese cargo? pregunta el juez.

—Yo señor.... repito que todo es una impostura. Vea vd. aquel rostro: allí no hay huellas del aserto del señor.

—Hola! esá tenemos? Quería vd. que estuviese aun impresa mi deshonra? Bueno! allí no hay nada; pero y este pañuelo? Qué responde vd. á esto?

—En efecto, dice el juez: he aquí parte del *cuerpo del delito*. Qué opone vd. á esto?

—Yo señor.... digo que ese documento es *apócrifo*.

—No tal.

—Si tal.

—Que hable la cómplice de vd.

—Que hable, en horabuena.

—Sí, sí, dice el juez: veamos lo que espone la otra *parte interesada* A ver; qué dice vd. de esto, señorita? Hable vd.

—Ay señor! no puedo! esclama la acusada con voz plañidera y quejumbrosa:

¡¡Que hablen mi llanto y mi dolor profundo....!!

—Eh! vd. lo ha oído señor juez? La acusada está confesa.

—No por cierto, grita D. Telonio: esa niña

Es presa del dolor y del quebranto!

Victima infausta del dolor acerbo

Se ofusca su razón, y ya no puede....

—Pero antes sí que pudo, interrumpe el apunte, y si yo no llego tan á tiempo....

—Deslenguado!

—Embrallon!

—Calumniador!

—Voy á probarle á vd. el crimen, voy á confundirle á vd....!

—Buenísimo! nos confundiremos, porque yo también voy á probar....

—Qué?

—La nobleza de las artes, y que la imprenta y la litografía se tienen hoy en la mayor estima!

—Oh! blasfemia! heregía! Vd. me asesina....! Ah....! uf....!

El desgraciado apunte no puede continuar. La ira, el furor le ahogan: quiere hablar y no puede: ¡el infeliz va á morir estrangulado!

Mas aquí de Dios que el corazón de la niña se enternece al ver los sufrimientos de su prometido: vuelve al camino de la razón, y esclama con voz trágica y ahogada, parodiando á aquella otra *Isabel del Torneo*:

Longinos! mi placer....! mi bien....! mi todo....!

Espérame un momento....! ¡¡ya te sigo....!!

¡¡Pif....!! La sublime niña (salvo yerro) cae desplomada sobre una silla, y presenta el modelo mas acabado de la gente *desmayadora*.

El alcalde abre tamaña boca, y sus espantados ojos se fijan alternativamente sobre los tres interlocutores.

Entretanto el celoso hace un esfuerzo para romper las ligas que le atan la lengua y prorrumpe en mil denuestos é imprecaciones contra el galan que, fiel á la costumbre de *seguir al apunte*, va repitiendo los mismos dicterios algo adicionados, segun lo exige la vivacidad de la escena. En estas llega el *autor* de la compañía, que tiene ya conocimiento del litigio. Le acompañan los demas actores; penetran todos en el juzgado; toman sus correspondientes papeles en aquel sainete; todos hablan á la vez; y bufan, y gritan, y se ponen de oro y azul, hasta que el juez exasperado sentencia á gritos:

—Largo de aquí á su casa ó á la cárcel....!!

Los beligerantes han oído lo que propone la sentencia y no vacilan en la eleccion. Al punto emprenden el camino de la posada, donde termina la contienda por una *paz honrosa*, en tanto que el pobre alcalde se echa á pechos un pozuelo de agua azucarada para neutralizar los efectos de la bilis, que abandonó su sitio por mezclarse en la refriega.

El episodio que acabamos de referir ha demostrado á nuestro galan que la vida que en la legua se pasa no es tan llena de dulzuras como él se la habia representado; pero esto no es nada: aun le falta que sufrir otro desengaño mas cruel que el primero. En efecto, mientras es-